

## UN EXTRAORDINARIO MUNDO DE AGUA



En pleno verano, cuando el calor apretaba con más fuerza, descubrí un espléndido lugar de agua, verdor y frescura que me reafirmó en la importancia que tiene este líquido en el aspecto y pervivencia del mundo. De un Plantea que se va quedando seco, y que sólo su inmensidad le permite hacerlo al lento ritmo de los siglos, pero que, a fin de cuentas, se va secando, al tiempo que los humanos seguimos utilizando cinco litros de agua para afeitarnos, veinte para lavar dos sábanas y millones de metros cúbicos para que cien jueguen al golfo una tarde.

Constatar, como hice yo este verano, el grandioso poder que tiene el agua un día tórrido en periodo de sequía, me incita a clamar todavía más por el cuidado de este líquido fundamental, que sólo valoramos cuando no lo tenemos. La mayor parte de nosotros pertenecemos a unas generaciones que lo tuvimos siempre en los grifos de casa, a pesar de que no fue así hasta hace poco, cuando nuestros antepasados de las zonas rurales debían cargar el agua desde la lejanía de los pozos y fuentes públicas, lo que propiciaba que la utilizaran con mayor cuidado, a pesar de que la población era muy inferior. Inundaciones, conflictos por el agua, sequías, islas que van a desaparecer por el calentamiento global y la subida de los mares, es el presente que tenemos.

Hoy, más que nunca, el agua se ha convertido en algo extremadamente valioso que enfrenta a gobiernos. Su carencia perturba la vida de millones de seres humanos, y hace de filtro caleidoscópico de lo bello y lo muerto. El hombre se olvidó de lo más importante, del río, y pusimos nuestra atención sólo en los puentes.

Como si un pintor hubiese pasado por allí para influir en nuestro ánimo con sus variadas gamas de colores, el pantano de los Urones, ubicado muy cerca de aquí, es un verdadero regalo para los sentidos. Veníamos por una carretera de cunetas y campos circundantes secos y áridos, torturados por los más de tres meses de persistente sequía. Fue como llegar a un oasis en mitad del desierto. A lo lejos, la imponente presa de piedra. Bajo su muro de contención, que diseñase y fabricara D. Vicente Aycart Benzo en 1986, se levantó un poblado para el cobijo de sus trabajadores. Hoy, algunas de estas casas siguen ocupadas. Hay un buen restaurante dirigido por un simpático gaditano que conoce los humores del clima y del agua como pocos: se llama, como no podía ser de otra manera, el Pantano.

Sólo tenemos que llegar a Jimena de la Frontera, tomar la comarcal que va a Puerto Galiz, y continuar hacia Algar nada más pasar la venta que hay en la cumbre del puerto. Nos adentramos en el término municipal de San José del Valle. Cinco kilómetros después, seguiremos los carteles indicadores hasta llegar el pantano de los Hurones. Lo alcanzaremos en poco más de una hora de bella carretera, que discurre entre los frondosos bosques del Parque de los Alcornocales.

Es uno de los pocos lugares del sur de nuestro país que todavía puede contemplarse de esa guisa. Uno de los milagrosos entornos que permanece así gracias al agua. A ese líquido trascendental que cada vez será más caro de ver en España en su estado natural. Es verdad que las plantas desalinizadoras nos solucionarán los problemas de futuro, pero nunca será lo mismo. Cuando a principio de los setenta vi por primera vez uno de estos ingenios en el desierto de Israel quedé sorprendido por la esterilidad que rodea a todo aquello que el agua no baña. Es verdad que la población podía beber, limpiarse, regar, pero no podían disfrutar del fabuloso poder del agua salvaje, cuando se mueve sin apenas control de los humanos.

El noventa y siete por ciento del agua que hay en el planeta tierra pertenece a los mares y océanos, y por lo tanto es salada. Sólo el dos con cinco por ciento es dulce, incluidos los grandes lagos, los ríos más caudalosos y la que se almacena en los casquetes polares. Sólo el cero coma veintiséis por ciento está disponible para nuestro uso. Mientras tanto, ríos como el Guadiaro o el Hozgarganta han sido arrasados. Sus piedras extraídas para la construcción, sus seres vivos exterminados y los emisarios de aguas fecales de los pueblos colindantes siguen contaminando este oro líquido, sin que nadie haga nada por remediarlo.

Hoy más que nunca estamos obligados a reciclar el agua. A usarla con extremado respeto, y a no utilizarla para aquellas cosas que pueden hacerse de otra forma. En ningún país civilizado se puede entender que se use la venerada agua para regar campos de polo o golf, tras gastarnos antes una fortuna en hacerla potable. Es un despropósito sin precedentes en la muy amplia historia de las estupideces y los desatinos humanos.

Cada vez que contemplemos un curso de agua como el que tenemos ahí al lado, en los Hurones, o el maltratado Guadiaro, debemos ser conscientes de su inigualable valor, de su falta de recambio. De que el agua, a fin de cuentas, es una de las verdaderas llaves de nuestro bienestar, y que sin ella todos marchitaremos.